

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 113

Administración: Cristóbal Bordúa, I, Madrid

15 Febrero 1903

La evolución de la Filosofía en España

(CONCLUSIÓN)

El ideal de la especie humana.—La vida presente.—Lo corpóreo y material en el arte.—La fisiología en el ideal.—El espíritu catalán.—El arte y la filosofía en España.—Crítica de arte.—Las corrientes modernas.—La evolución del pensamiento filosófico, social y artístico.—Conjunción de estas tres manifestaciones de la inteligencia humana en el presente; su obra futura.—Los eternos anhelos del hombre y el anarquismo.

¡La Naturaleza, la Vida; he aquí el gran ideal! Y todos los pensadores y artistas que las ensalcen, propaguen y embellezcan, resultarán revolucionarios á la postre. Porque ¿es natural la vida presente? De ningún modo; la vida lucha constantemente con toda clase de leyes sociales y morales, y quien trabaje por establecer el imperio de la Naturaleza, trabajará por que se establezca el reinado de la justicia *fisiológica* y social.

De ahí por qué, elevadas á objetivo artístico las pasiones y los sentimientos, constituyen un ideal hermoso y elevado, y de ahí por qué también los sentimientos y las pasiones, que en nosotros sentimos rebelarse continuamente contra la tiranía moral y convencional, bastan para constituir la nueva vida.

Hasta ahora la del hombre no ha sido más que una larga pesadilla de horrores, estragos, guerras, prohibiciones y tiranías; y al despertar el ser humano se restrega los ojos y exclama: «quiero vivir». Y quiere vivir esta vida que lleva en sí, que nota en sí, revolucionaria y rebelde en el convento, en el cuartel, en la familia, en la religión, en la filosofía, en el arte, en la ciencia, en la sociedad entera. Las grandes obras artísticas, las que más nos interesan actualmente, son el resultado de este estado de ánimo que individual y colectivamente sentimos todos los que al presente vivimos.

¿Ha de ser necesariamente cerebral y filosófico el arte para que sea revolucionario? No; basta con que sea pasional y sentimental, pero de los sentimientos y de las pasiones que no están amortiguados ó heridos de muerte por largos siglos de castración espiritualista, mejor aún, por largos siglos de una vida vedada á todo lo que significara placer, vigor y salud.

El ideal de la humanidad ha de surgir de la naturaleza material, que es la parte que se conserva más pura. El talento, el ingenio, la razón, han sufrido grandes deterioros y quebrantos con el misticismo, la metafísica, el espiritualismo, y, por último, con el predominio de una razón averiada por el engruimiento de los pensadores, dados, á consecuencia de una exageración del sistema, á los intelectualismos estériles.

No hemos de pensar los sistemas y las leyes que han de regir á los hombres; hemos de sentirlos, hemos de amoldar nuestra conducta, nuestra vida, nuestros pensamientos á la naturaleza material é interior de cada uno. Es bueno, justo y santo lo que contribuye

á la salud, al placer, á la alegría, á la vida intensa y múltiple, cuanto más intensa y múltiple mejor. El intelectualismo, en cualquiera de sus manifestaciones, hasta ahora no ha hecho más que prohibir, que cohibir, que establecer reglas, distingos, peros, al desarrollo libre de la naturaleza humana.

Establecer un ideal intelectual filosófico es partir de una base falsa. Ante todo es preciso estudiar al hombre fisiológicamente y decir: ¿Qué es eso? Una religión. ¿Es perjudicial á la naturaleza y á la salud? Sí. Abajo, pues, la religión. ¿Qué es eso? Un Código. ¿Cohibe la naturaleza humana; padecerán con su establecimiento todos ó parte de las criaturas? Sí. Abajo, pues, el Código. ¿Qué es eso? Un magnífico sistema filosófico que establece ciertas reglas morales para el mejor régimen de los hombres. ¿Dificulta el libre desarrollo de la vida, con sus pasiones y sus sentimientos hermosísimos? Sí. Abajo, pues, este sistema filosófico y moral.

Este es el método que debe seguirse, el método inductivo, positivo, científico, fisiológico. El arte, de esta suerte, puede ser disolvente, revolucionario, sin que deje sus atributos de pasión y sentimiento.

¡Bien hayan los artistas que así piensan y así se inspiran para la gestación de sus obras!

••

En realidad, la mayoría de los pensadores y de los artistas catalanes se sujetan más al ideal de la vida, que los hace demolidores sin darse cuenta, que á los intelectualismos decadentistas, sin que por eso deje de haber en Cataluña jóvenes melencólicos y refinados que suspiran ante un cuadro de mujer pálida é histérica, y no les da frío ni calor la presencia de una joven robusta, mejillas de rosa y pecho abultado.

Pero, en conjunto, el espíritu catalán se dirige hacia nuevos horizontes de vida, y aun los hijos de la burguesía que no viven, como sus padres, del tanto por ciento, ni de lo que producen los trabajadores, publican revistas como *Juventud* y *L'Avenç*, encarriladas hacia una concepción superior del arte y de la vida, caso que no se da en Madrid, cuya juventud intelectual no ha podido sostener, más por falta de voluntad que de público y de talento, las innumerables revistas, que desde la excelente *Germinal*, en su primera época, hasta el presente ha publicado.

Una de las condiciones del intelectual catalán y hasta del obrero, es la constancia en la persecución de un proyecto ó de un anhelo, y esta circunstancia hace que, con menos lectores y menos público, el literato, el artista y el pensador catalán, lleven á término empresas que no se terminan, aunque sí se empiezan, en la capital de España.

*
*
*

Juzgando la filosofía y el arte español en conjunto, prescindiendo de caracteres y cualidades de raza, puede decirse que nos hallamos en un periodo de transición representado por el misticismo, el romanticismo y el tecnicismo de una parte, y de otra ese afán por lo sencillo, natural, humano y simple que demuestra la juventud que ahora empieza. En esta división de procedimientos y en el modo de sentir el arte y la vida, hemos de consignar, por lo que influye y por lo que representa en todas las manifestaciones artísticas, el parecer de la crítica en manos hoy de la juventud.

La crítica, dedíquese al examen de la pintura, de la música, de la escultura y, particularmente, de la literatura, invoca á todas horas la belleza de un arte sencillo, natural, sincero, sin efectismos de ninguna clase; y el gusto del público va evolucionando conforme el parecer de la crítica ó la crítica conforme el sentir del público, que en este respect

no estamos muy seguros, de si la critica educa al gusto popular ó si el gusto del público, representado por el crítico, como parte integrante de aquél, crea la crítica. Pero el hecho es que se va á lo sencillo, á lo natural, y que el arte ha vuelto la espalda á las grandes creaciones mitológicas, teológicas y heroicas en el sentido de guerreras y sobrenaturales; y hasta aquella exaltación literaria que de la espada pasó á la pluma, mediante la sátira genial de Cervantes y las fantasías de Vitor Hugo y su escuela, acaba de rendirse á nuestras plantas, no pereciendo á mano airada y sin dejar fruto sabroso y excelente, sino muerto por la evolución espiritual, que reconoce, sin embargo, el bien que el efectismo y el romanticismo en el arte hicieron á la humanidad en una época en que no había más gloria que la que se conquistaba con las bravuconerías á que daba derecho tener el brazo fuerte y una espada en la mano.

El arte, pues, reclama para los artistas y para todos los hombres, una vida más sencilla, placentera y tranquila que la presente, y consciente ó inconscientemente, contribuye á la formación de la sociedad futura, sin más moldes, penas ni trabas que los que cada uno lleva en su organismo, renegando de los espejismos, de las ilusiones quiméricas, de los conflictos teológicos, de los fantasmas de ultratumba, de los embrollos metafísicos, de la trágica perspectiva de un porvenir de horrores.

* * *

De la Naturaleza venimos y á ella vamos. Principió la inteligencia humana en Thales de Mileto por pensar en la tierra y en el hombre: «Yo soy alguien—se dijo el filósofo;—dediquemos un rato á estudiar mi cuerpo», y bajó la mirada del cielo á la tierra. Desde entonces todo el afán del pensamiento, desde el origen de la Filosofía hasta la Enciclopedia, fué satisfacer las necesidades humanas, sin desatender las divinas. Luego se cayó en la cuenta de que las necesidades espirituales no eran más que una derivación de las físicas, y que, satisfecho el cuerpo, quedaba satisfecho también el promovedor del pensamiento y creador de toda la obra de la inteligencia. Lo sobrenatural desapareció de las mentes humanas superiores, que siempre han representado á las humanidades venideras, y el problema de la vida quedó simplificado y reducido á no pagar más tributo que á las satisfacciones morales que uno se proporciona, según el bien que produce, y á las satisfacciones materiales á que cada mortal tiene derecho, por lo mismo que las siente y nota dentro de su cuerpo, independientemente de la voluntad del individuo y del poder de los tiranos.

Y siguiendo la evolución de la Filosofía hemos visto diferentes periodos del pensamiento humano que trazaban varias maneras de apreciar la vida, la muerte y el hombre; pero siempre avanzando hacia el placer terrenal, propósito que se ha mantenido firme á través de las grandes selvas espirituales que representó el cristianismo con sus neoplatónicos, sus iluminados, sus místicos y sus masas sucias, estúpidas, pordioseras, bienaventuradas, pobres de espíritu y de cuerpo.

Y á través de estos grandes estancamientos del alma y del cuerpo, vimos surgir el renacimiento de las leyes terrenales y corporales en algunos filósofos árabes españoles, en Sabunde y en el mismo Lull, que ni aun fraile y místico, á su manera, pudo olvidar á la cancerosa mujer objeto del amor grande que aquel filósofo tuvo la dicha de sentir; como Eloisa, encerrada en un convento y madre abadesa, no pudo borrar de su memoria el hermoso cuerpo de su Abelardo. Y á partir de aquí se produce la revolución religiosa con los protestantes, y luego la filosófica con los empíricos, y en seguida la astronómica con los físicos, y más tarde la científica con los mecánicos, y un poco después la polí-

tica con los enciclopedistas; y todas estas revoluciones se vieron sintetizadas y representadas en la llamada revolución francesa, que tuvo su parte de filosófica, de religiosa, de astronómica, de científica y de política, para cimentar, para popularizar la conquista que el pensamiento había realizado anteriormente en el terreno de los hechos, de la vida. El ideal de la humanidad estaba ya entonces por completo sobre la tierra.

Aquella revolución, que ha sido calificada de política y que creó la clase que luego llamaron burguesa, al inclinarse sobre la materia, abrió el camino á la sociología, á la concepción de una sociedad esencialmente positiva, humana, corporal. Entonces surgió Comte, y surgió Fourier, y también Proudhon en la parte meramente económica, y surgieron Hegel y Krause en la parte meramente filosófica; espíritus que entraron en España triunfalmente del brazo de Sanz del Río y de Pi y Margall. De Sanz del Río á Pedro Dorado, la corriente filosófica revolucionó todos los espíritus y obró en todos sentidos: en la enseñanza, en la pedagogía y en las ciencias penales, que es otra pedagogía, porque se dedica á la higiene social: la abolición del delito. De Pi y Margall á los anarquistas militantes de nuestros días, la corriente económica ó la filosofía social, constituye una completa doctrina científica sociológica, recorriendo todas las tendencias revolucionarias, desde la democrática política á la anárquica antipolítica, siguiendo unas veces la evolución espiritual de Pi y adelantándose á esta evolución desde la fundación de la Internacional á la época presente.

Y llegamos á la conjunción intelectual de todas las corrientes vivas. La FILOSÓFICA: merma de los atributos del Estado; funciona individual é independiente del poder; educación individualista en el sentido de crear hombres fuertes y libres; nueva ciencia penal y de derecho encaminada á prevenir el crimen, no por la acción represiva, violenta y vengativa de las leyes, sino por la de un medio benéfico, justo y humano; esto es, la constitución de una sociedad que, con sus luchas y sus explotaciones, no sea el accidente moral y fisiológico que produce el delito. Total: la constitución de un hombre higiénico, fuerte, inteligente, libre, bueno, sin más trabas á sus iniciativas y deseos que la voluntad individual: *Anarquismo*. La SOCIALISTA: El Estado capitalista preparando por medio de impuestos á la herencia y á la propiedad territorial sin cultivo la socialización de la tierra ó su reparto entre los braceros que la cultivasen por su cuenta (federalismo); las asociaciones de trabajadores dueños de la producción; el producto íntegro del trabajo ó su equivalente en bonos; á cada uno según sus obras (colectivismo); la propiedad y el producto del trabajo en común; el trabajo es una necesidad fisiológica, los individuos que no ejercitan su actividad, como los órganos que no funcionan, se atrofian; el individuo trabajará necesariamente si no quiere perecer, si desea estar sano y gozar de la vida; la producción individualista y la libertad de ocuparse en aquello que al hombre le venga en gana; la autoridad es un obstáculo á la libertad; la propiedad lo es á la justicia. Total: la constitución de una sociedad sin Estado y sin propiedad individual: *Anarquismo*. ARTÍSTICA: emancipación del arte de la mitología; el arte liberal; la democracia en el arte; libertad absoluta del arte; el arte por la belleza; el arte por la vida; exaltación de las pasiones y de los sentimientos hacia la naturaleza por medio del arte; el placer superior á toda preocupación moral, religiosa, social ó filosófica. Total: la creación de un arte que no tenga otro fin que hacer agradable la existencia del hombre en la tierra: *Anarquismo*.

He aquí el punto convergente de la evolución intelectual en España, que no es más que un reflejo de la evolución intelectual en el mundo.

La humanidad camina hacia el ejercicio de todas las autonomías individuales. De esta libertad nacerán grandezas morales y grandezas artísticas que se esconden en el alma humana, cohibida y atrofiada por las tiranías y las opresiones de todas clases, físicas e intelectuales, sobre todo, que hoy son ley y cosa santa.

En los tiempos venideros no habrá oficios serviles ni profesiones especiales. Todos los hombres serán artistas y poetas, porque el trabajo será arte y poesía. No habrá esclavos ni señores, porque las personas reinarán en absoluto en sus cuerpos y en sus espíritus. No habrá pobres ni ricos, porque la tierra, como el sol y como el aire, no será propiedad de nadie.

Y el lector que dude de que se vean cumplidas estas profecías, hechas por quien jamás creyó en cosas que no fuesen naturales, que por un esfuerzo de la voluntad haga abstracción de sus privilegios sociales y de sus preocupaciones heredadas; se considere sér, animal ú hombre solamente y piense después en sus anhelos y en sus ambiciones. Ya verá cómo, al fin de las mismas, hallará los dones que otorga esta sociedad futura que se acaba de pintar y á la cual se encaminan las generaciones siguiendo el itinerario marcado de antemano por la evolución en general.

FEDERICO URALES.

Ley de herencia regresiva ó atávica

II

La herencia regresiva no se encuentra tan sólo en la línea directa; se produce muchas veces en forma *indirecta ó colateral*.

Esta herencia indirecta ha sido definida como «la representación de los colaterales en la naturaleza física y moral del producto». Se observan con frecuencia entre parientes muy alejados y fuera de la línea directa, entre los tíos y los sobrinos, las sobrinas y las tías, los primos, las primas, los sobrinos segundos y los primos segundos, semejanzas sorprendentes de conformación, de cara, de inclinación, de pasiones, de carácter, de monstruosidad, de enfermedades.

Esta forma de la herencia ha tenido mucho tiempo bastantes escépticos. Algunos autores, después de haber comprobado que un niño se parece, á veces, más á su tío ó á su tía, á su primo ó á su prima, que á su padre ó á su madre, añaden: «Ni el tío, ni el primo, ni la prima han tenido, naturalmente, participación alguna en la generación; luego la semejanza no depende de ésta.» Baillarger, en el trabajo ya citado, ha registrado 147 casos de enfermedades mentales debidas á la herencia colateral; pero ha creído deber separarlas de sus cálculos, «porque la herencia en esta forma indirecta, aunque probable á su entender, en la mayoría de los casos no le ha parecido indiscutible».

Para explicar estos hechos, tan bien comprobados que es imposible no admitirlos, estos autores echan mano de diversas razones. Unos alegan el influjo del medio; otros causas accidentales; otros coincidencias fortuitas. Todos concuerdan en no ver en ellos, en último análisis, más que un efecto de la casualidad.

Hemos visto ya, al hablar de la objeción de Buckle, lo que vale una explicación semejante, qué poco verosímil y comprobable es. Pero la doctrina que sostiene la herencia colateral puede dar algo más que razones negativas. Para justificarse le basta hacer notar

que la herencia indirecta no es más que una forma del atavismo, y que difiere de éste sólo en apariencia. El sobrino se parece á su tío, el primo á su prima, porque ambos deben ese carácter á un antepasado común que lo ha transmitido á generaciones intermedias, las cuales lo han conservado en estado latente. Los trabajos hechos acerca de la generación desde hace casi medio siglo y el descubrimiento de las generaciones alternantes, han ensanchado singularmente la manera de concebir la herencia, y esta trasmisión en línea colateral no tiene por qué extrañarnos. Así es que esta forma de herencia, admitida ya por Burdach, comprobada por P. Lucas, no encuentra hoy día contradictores. No se ve en ella más que un caso de atavismo algo complicado; ni más ni menos. Algunos hechos, por lo demás, muestran la identidad del atavismo directo con la herencia colateral.

«Conozco—dice M. de Quatrefages (loc. cit.)—una familia en la cual ha entrado una sobrina segunda del ilustre baillío de Suffren, Saint-Tropez, el último que ha hecho las grandes guerras de la India contra los ingleses, aliado con Hyder Ali. Dicha señora tuvo dos hijos, el menor de los cuales, á juzgar por un buen retrato, se parecía de una manera notable á su tío tercero, y nada á su padre ni á su madre. El célebre marino y su sobrino tercero han reproducido, por consiguiente, con cuatro generaciones de intervalo entre uno y otro, los rasgos de un antepasado común. Evidentemente es el atavismo el que ha obrado en ambas ramas, porque aquí no se puede invocar la herencia directa.»

Un hombre bien conformado tenía dos parientes con labio leporino; tuvo de su primera mujer once hijos, dos de los cuales tenían labio leporino, y de la segunda dos, con la misma deformidad. Una mujer en cuya familia había muchos miembros con gran torpeza de oído, dió á luz dos niños sordomudos. Un hombre, cuyo hermano y tía eran sordo mudos, tuvo cinco hijos, uno de ellos sordomudo. Hay muchos hechos análogos relativos á la sordomudez. Un caso todavía más curioso es el de una mujer que, nacida de una familia en que había habido muchas hipospadias, tuvo dos niños que padecían esta anomalía.

Estas semejanzas en línea colateral son tan poco raras, que hasta la experiencia vulgar las ha corroborado. Los autores á que hemos aludido antes (Wallaston, Piorry, Bailarger) se han visto obligados á reconocerlos, si bien rehusando atribuirlos á la herencia. Conozco, por mi parte, un sobrino tan parecido á su tío materno, que á todo el mundo le ha chocado. La semejanza no es tan sólo física, sino también mental. Ambos han tenido un desarrollo de espíritu precoz, que se ha detenido hacia los quince años. Desde esa edad han caído en una especie de inercia que les hace incapaces para todo trabajo continuado. Han intentado todas las carreras, sin fijarse en ninguna. El tío ha muerto á los cuarenta y tres años, de un accidente. Lo que hace estas semejanzas aún más concluyentes es que no se pueden atribuir á la educación ó á influjos de familia. El tío ha pasado la mayor parte de su vida en Argelia; el sobrino ha vivido en Francia, en una familia arreglada y sumamente trabajadora. Por último, dudo que los dos hayan pasado juntos más de diez días en toda su vida. Estas semejanzas se derivan de un antepasado común, su padre y abuelo, respectivamente.

Los casos de atavismo en línea colateral no son más raros en la historia. La antigüedad había notado ya la semejanza de Alejandro Magno con Pirro, su sobrino segundo. Citemos además á César y su sobrino segundo Octavio (su madre era sobrina de César), á Séneca y su sobrino Lucano, á Plinio y su sobrino Plinio el joven (hijo de una hermana), á Monmorency y su sobrino Coligny, á Mauricio de Nassau y su sobrino Turena, á Gustavo Adolfo y su sobrino segundo Carlos XII, á Malborough y su sobrino segundo Ber-

wick, á Corneille y Fontenelle (sobrino, hijo de una hermana), á Bernardo de Jussieu y su sobrino Laurent, á Bentham (Jeremías), y su sobrino el botánico Jorge Bentham. Por último, en la familia de los Murillo, de los Carracci, de los Bernoulli, hay muchos ejemplos de herencia en línea colateral.

Algunos autores cuentan como casos de herencia colateral aquellos en que se encuentran en la misma familia dos ó más hermanos célebres: tales son Esquiles y Cinegiro, los dos Bouleau, los dos Corneille, los dos Van Dyck, los dos Van Ostade, los Schlegel, los dos Cuvier, los dos Humboldt, Carlos Lamb y su hermana, etc. En todos los casos que acabamos de citar y otros análogos, es muy probable, á nuestro parecer, que este talento común á varios hermanos proceda de un origen común, de un pariente cuyo mérito ha quedado ignorado, porque el mérito no pasa necesariamente á la historia, ó bien de un trabajo secreto de la naturaleza; porque ¿de qué manera y por qué metamorfosis produce la naturaleza el talento? Lo ignoramos; y seríamos, sin duda, agradablemente sorprendidos si pudiéramos saberlo.

Una cuestión final se nos ofrece naturalmente. En los casos de herencia regresiva, directa ó colateral, en que el nieto se parece al abuelo, el sobrino al tío segundo, y en que los intermedios son totalmente desemejantes, ¿cómo explicar aquella semejanza? ¿Cómo afirmar, sobre todo, como lo hemos hecho, que estos casos se refieren á la herencia inmediata? Para responder á esta cuestión no se pueden hacer más que dos hipótesis: admitir, ó que esas semejanzas son fortuitas, ó que se han conservado en estado latente en las generaciones intermedias, y que, por consiguiente, la herencia, mediata en apariencia, es inmediata en realidad. La primera hipótesis es inadmisibile; hay que adoptar, por tanto, la segunda.

La explicación se hace muy sencilla si, con Darwin, se nota que en la herencia la simple transmisión y el desarrollo constituyen dos propiedades distintas, aunque obren generalmente juntas. Los caracteres simplemente transmitidos quedan en estado latente, durante una ó varias generaciones, prontos á desarrollarse en cuanto las condiciones cambien, especialmente por el acto del cruzamiento.

Uno de los mejores ejemplos que se pueden dar de estos caracteres latentes ó simplemente transmitidos, dice Darwin (1), es el de los caracteres sexuales secundarios. En cada hembra los caracteres secundarios masculinos y en cada macho los femeninos, existen en estado latente, prontos á manifestarse en ciertas condiciones. Sabido es que un gran número de pájaros hembras revisten parcialmente los caracteres secundarios masculinos de su especie, á consecuencia de la ablación de los ovarios, ó cuando envejecen. Watterton refiere el caso curioso de una gallina que, cuando cesó de poner, adquirió el plumaje, la voz, los espolones y la naturaleza belicosa de un gallo, y aparecía dispuesta á combatir con el adversario que se le presentase. Todos los caracteres, incluso el instinto de combate, habían, pues, estado adormecidos en aquella gallina mientras los ovarios desempeñaban sus funciones. Hechos análogos se ven en la especie humana; otro día hablaremos de ellos.

Por otra parte, sabido es que en los animales machos los caracteres sexuales secundarios desaparecen más ó menos á consecuencia de la castración, como se ve particularmente en el capón.

Se han señalado casos en que la privación de libertad produce resultados análogos. En tales condiciones, el macho adquiere á veces caracteres propios de la hembra y se

(1) Para el estudio de los caracteres latentes, véase Darwin, *Variation*, II, p. 54.º.

pone á empollar. Los híbridos machos estériles del faisán y de la gallina, aprovechan el momento en que las gallinas abandonan su nido para ponerse en su lugar.

Así, pues, los caracteres de cada sexo permanecen en estado latente en el sexo opuesto, prontos á desarrollarse en ciertas condiciones particulares. Esto nos explica «cómo una vaca, buena lechera, puede transmitir por medio de su progeñie masculina sus buenas cualidades á las generaciones futuras: debemos creer que esas cualidades están presentes, pero en estado latente, en los machos de cada generación. Lo mismo ocurre con el gallo de pelea que transmite á su progeñie masculina, por medio de la femenina, su vigor y la superioridad de su valor».

Estos diversos hechos, como dice Darwin, nos obligan á admitir que ciertos caracteres, aptitudes é instintos pueden permanecer en estado latente en el individuo y hasta en una serie de individuos, sin que nos sea posible distinguir ningún rastro de su presencia; y en esta hipótesis, la transmisión del carácter del abuelo al nieto, con aparente omisión en el *pariente intermedio del sexo opuesto*, se hace muy sencilla.

La semejanza de una sobrina con su tía no puede sorprender desde el momento en que se remonta á un antepasado común.

La conclusión que debemos sacar de estos hechos, es que se entiende la herencia de un modo demasiado estrecho, cuando no se la comprende más que en su forma inmediata, de una generación á la siguiente. Su campo es mucho más amplio. Estas semejanzas de los colaterales, que un estudio insuficiente impedía atribuir á la herencia, son, por el contrario, su más brillante demostración, pues hacen ver hasta qué punto es sólida, tenaz y, por decirlo así, imprescriptible.

CH. RIBOT

(Traducción de Ricardo Rubio.)

LUISILLO Y ANGELITA

(CUENTO)

Luisillo era hijo del guarda de una quinta, propiedad de un acaudalado banquero de la capital de B..., y Angelita, hija única de este afortunado burgués.

Luisillo y Angelita hubieran formado una hermosa pareja si al llegar á ser adultos se hubieran unido. Él era un zagalillo algo moreno, saludable y fuerte, de ojos negros y expresivos que denotaban que su cerebro daría en su día provechosos frutos; ella, una niña rubia como una espiga de trigo maduro, con ojos sonadores de color azul claro, delgada, aunque bien conformada. Él sería en su día un *guapo mozo*, y ella, una *bella señorita*.

Los dos niños se habían conocido en la quinta tres años antes, época en que el banquero adquirió la finca, de la cual hacía más de un lustro era guarda el padre de Luisillo.

II

Llegó la primavera de aquel año, y el guarda, acompañado de su mujer, esperaba la llegada de los señoritos, y el día señalado, desde muy temprano, habían abierto la cancela y se asomaban de vez en cuando á la carretera. No tardó en aparecer en ésta, enuelto en una nube de polvo, el coche que conducía á los dueños de la quinta.

—¿Y Luisillo?—preguntó el guarda á su mujer.

—Allá debe andar en la huerta.

—Sería conveniente que estuviese aquí para recibir á los señores; ya sabes cuánto le quieren.

La guardesa iba á dar una voz para llamar á su hijo, pero en aquel instante apareció Luisillo por el paseo, corriendo á más no poder, llevando en las manos un hermoso ramo de flores artísticamente construido. Y como si hubiese medido la distancia, al mismo tiempo que él llegaba junto á la verja, paraba ántes ésta el coche de los señoritos.

El guarda y su mujer se apresuraron á ayudar á bajarse del vehículo á sus años, mientras el muchacho, listo como una ardilla, subió á una de las ruedas del coche y entregó el ramo de flores á Angelita.

Luisillo pagó con una sonrisa de satisfacción la graciosa mueca de agradecimiento hecha por la niña al recibir el presente, y los burgueses colmaron de elogios al rapazuelo por su feliz ocurrencia.

Camino de la casa, Angelita y Luisillo, cogidos de la mano, examinaban el ramo.

—¿Pero no la ves, tontucla?—dijo Luisillo.

—¿Qué?—preguntó Angelita, tratando de descubrir el secreto.

—Esa figurita de enmedio hecha con artemisas.

—¡Ay, sí; es una A.

—Claro está: quiere decir Angelita.

—Pero si tú no sabes escribir, ¿cómo has hecho la letra?

—¡Anda, muy bien! El año pasado me fijé en que mi madre marcó tu servilleta con un garabato; yo le pregunté qué significaba aquello y me dijo que era tu nombre, y cuando he sabido que ibas á venir, he cogido la servilleta, y con ella delante he hecho la letra.

—¿De modo que te has acordado mucho de mí?

—Ya lo ves, ¡todo el año! ¿Y tú de mí!

—También me he acordado, y á mamá le dije que te llevásemos con nosotros y así estaríamos juntos y jugaríamos.

—¿Y qué dijo tu mamá?

—Que eso era imposible; que tenías que estar en el campo para dedicarte á trabajar y que no convenía enseñarte á vivir de distinta manera de la que estabas llamado á seguir por ser pobre.

—¡Y qué culpa tengo yo de ser pobre!—repuso Luisillo, poniéndose muy triste.

—Vamos, tontín, no te enfades, que mamá te quiere mucho y dice que serás un buen trabajador cuando seas hombre.

Llegado que hubieron á la casa, Angelita echó agua en un jarrón y colocó en él triunfalmente el precioso ramo. Luego emprendieron una correría por toda la quinta, enseñando Luisillo á su amiguita las flores del jardín, las frutas de la huerta, las nuevas plantaciones, y, en fin, no hubo lugar que no recorriesen aquellos dos loquillos.

¡Cuánto gozaron en los tres meses de primavera!

Un día era Luisillo quien se acercaba sigilosamente á la alcoba de Angelita y gritaba:

—¡Arriba, dormilona, que hoy vas á columpiarte en un columpio que he hecho!

Otro día era Angelita la que madrugaba, llegaba de púñillas á la cama de Luisillo y le tiraba de los pies diciéndole:

—¡Vamos, gandulón, que ya da el sol en la norial

III

—¡Demonio de muchacho!—decía el guarda á su mujer seis años después.—¿Quién había de pensar que llegaría á enamorarse de la señorita?

—No hay razón—contestó la guardesa—para que te enfurezcas de ese modo. Después de todo, no es de Luisillo toda la culpa; la señorita Angelita lo comprendió y le ha dado alientos...

—¿Qué, qué dices?—interrumpióla el guarda con coraje.—Ten cuenta con lo que hablas, no sea que se enteren los amos y perdamos su confianza.

—Y si es verdad, ¿por qué no he de decirlo? Siempre que iba á la capital y me veía me preguntaba por nuestro hijo con gran interés, y en una ocasión...

—¡Que te calles! Vas á hacer por que nos echen de la quinta... ¡Oh, si se enteran los señores!

—¡Que se enteren!—repuso con resolución la guardesa, á quien enorgullecía que su hijo fuese amado por una señorita.—Sí; en una ocasión me pidió, con mucho misterio, un retrato de Luisillo.

—¿Y se lo diste?—preguntó azorado el campesino.

—¿Qué iba á hacer? ¡Me lo pidió de una manera!

—Estamos perdidos; ahora comprendo la frialdad que me ha demostrado el ama en varias ocasiones.

—Y nosotros ¿qué culpa tenemos?

—Mientras lo hemos ignorado, ninguna; pero ahora varía la cosa. Hemos de hablar con Luisillo para hacerle comprender que ese amor es una locura, ¿lo oyes?, una locura muy grande.

—Ya le he dicho yo algo, aunque indirectamente; le he ponderado la belleza de algunas muchachas de estos caseríos, y se ha encogido de hombros... ¡Está loco por la señorita!

IV

—Es preciso que tomemos una resolución—decía su señora al banquero.—Angelita está enamorada del hijo del guarda de la quinta. Yo había creído que la cosa era un juego de niños; pero he sorprendido varias veces á nuestra hija mirando en silencio una fotografía de Luisillo, y ya no se trata de niñerías.

—Eso no tiene importancia—repuso el banquero;—ya verás cómo Angelita olvida eso en cuanto le haga la corte alguno de los jóvenes de nuestra sociedad.

—Te equivocas; sé muy de cierto que ha despreciado al hijo de N..., ¡ya ves, un partido tan aceptable! Y lo peor es que esa locura llegue á conocimiento de nuestras amistades... ¡Nuestra hija enamorada del hijo de un patán!

—Eso no lo sabrá nadie... Es preciso que tengais mucha discreción, y en cuanto á despreciar al hijo de N..., ya arreglaremos eso; si la cosa es formal, la casamos con él, quiera que no, y en paz.

—Lo mejor sería despedirlos de la quinta.

—Eso no lo haré yo; son muy honrados y nos prestan buenos servicios.

V

Luisillo ha llegado á ser un guapo mozo y Angelita una bella señorita. Hace mucho tiempo que no han hablado, porque los padres de Angela, en lugar de ir á la quinta á pasar la primavera, marchan á las playas á veranear.

Luis va frecuentemente á la capital, se apoya en la esquina más cercana á la casa de Angela, y desde allí la ve, si ella se asoma al balcón; otras veces se dirige á la iglesia en que su antigua anigueta acostumbra oír misa, se coloca en sitio conveniente y desde él la mira con arrobamiento, volviendo satisfecho al campo, porque ella le devuelve las miradas y sonríe de la misma manera que lo hacía en la quinta cuando eran muchachos. Ni siquiera ha parado mientes en la diferencia que hay de su humilde traje de paño burdo y los costosos vestidos, llenos de encajes y puntillas, de Angela. Sólo se acuerda de vez en cuando de lo que la madre de ésta había dicho hacía seis años: ¡era pobre!, y la misma tristeza que le causó al decirselo entonces Angelita, le causaba ahora, si bien hoy era más profunda, porque se daba cuenta exacta del alcance de aquellas palabras... ¡Acaso los pobres tienen derecho á amar, y, sobre todo, á enamorarse sin tener en cuenta la posición social del sér amado!

VI

Pocos meses después la gente se agrupaba á la puerta de un templo; había mucha curiosidad por ver si la novia iba alegre ó triste, y, en particular, por apreciar la riqueza de los trajes de los contrayentes.

—Ahí están los novios—dijeron varios curiosos.

Paró un carruaje y de él descendieron varias personas; un joven alto, endeble y presumido, con rostro de imbécil, llenos los dedos de anillos y luciendo en la pechera de fina camisa costosa botonadura de brillantes, presenta el brazo, haciendo una mueca de mico, á una joven rubia, bella y hermosa, ataviada con primoroso traje nupeial. Ésta se apoya con indiferencia en el brazo del gomoso, mientras dirige una ardiente mirada á un punto apartado de la plaza. Allí está un campesino, pálido y ojoso, que abarca con mirada de suprema amargura aquella escena, y luego, cuando la gente de la boda ha entrado en el templo, se limpia con el dorso de la mano dos lagrimones que corren por sus mejillas, y se marcha silencioso y cabizbajo, rugiendo entre dientes:

—¡Maldito sea el mundo! ¡Malditos sean los hombres, que han establecido la pobreza y la riqueza!

Entretanto, dentro de la iglesia, la novia contesta á las preguntas del sacerdote con glacial indiferencia, con desprecio, mientras su corazón maldice á la Fortuna, que hizo que naciera rica, acordándose de la mirada que acababa de cruzar con el campesino que estaba en la plaza.

ANTONIO APOLO

CRÓNICA CIENTÍFICA

La lucha contra el alcoholismo.—El combustible en América.—Estatística del carbón quemado anualmente.—Energía mecánica que representa.—Equivalencia en fuerza muscular.—Consideraciones sociológico-revolucionarias.—Aplicación del combustible líquido á la marina de guerra.—Creación artificial de la vida: experimentos del Dr. Leduc.—Nuevo procedimiento de reclamo: los sombreros luminosos.

Inglaterra acaba de emprender una campaña seria contra el alcoholismo. El nuevo Act del Parlamento contra la embriaguez rige desde 1.º de Enero, y á pesar del poco tiempo transcurrido, se nota ya una mejora en los campos y hasta en las grandes aglo-

meraciones, y eso que la nueva ley, si es fácilmente aplicable en los campos y en las villas pequeñas, donde todo el mundo se conoce, es de aplicación difícil en las grandes ciudades.

No sólo se castiga severamente á los borrachos, sino que después de la tercera condenación se les inscribe en un registro llamado la *black-list* (lista negra), y los desgraciados que figuran en ella no pueden, bajo pena de prisión, si lo intentan, comprar bebidas alcohólicas ó fermentadas por espacio de tres años; toda persona que les ofrezca un vaso de vino ó de cerveza será procesada, y todo tabernero (*barman*) que les venda alcohol en cualquier forma de bebida, queda sujeto á severos castigos si no prueba que, á pesar de la publicidad dada á esas listas, ignoraba que el comprador estuviese inscrito en ellas.

Como se ve, la ley es difícilmente aplicable en todo su vigor en lo que concierne á los grandes centros, donde es imposible que el tabernero conozca y que la policía vigile á todos los que van á comprar bebidas.

Cuando la ley es especialmente severa, es cuando se trata de un tabernero que haya vendido alcohol á un borracho ó á una mujer que lleve un niño en brazos; en ese caso el procesado incurre en la pena de una gran multa ó en la de prisión correccional.

Como se ve, se trata de una ley especialmente draconiana, tiránica, como lo son en el fondo todas las leyes; pero dejando aparte lo del remedio en forma de embudo que aplican los legisladores ingleses, que es tan malo como el mal que pretenden curar, y sin remontarnos al estudio de las causas, entre las cuales se halla la injusticia social existente, preciso y doloroso es reconocer que el alcoholismo ha tomado proporciones alarmantes en algunos países, y por lo que afecta á los trabajadores, conveniente es que las mismas organizaciones obreras estudien y empleen los medios de combatirlo.

*
*
*

A la fecha en que escribimos, el precio del combustible aumenta excesivamente: la tonelada 65 francos. Tan elevado precio, después de terminada la huelga de Pensylvania y cuando empiezan á rellenarse los almacenes, es una infamia más á cargo de la burguesía, que funda su ganancia sobre la muerte por explotación, por hambre y por frío de infinitos desheredados, sin que las autoridades republicanas, que tanto perseguían las *coacciones* obreras, tengan nada que oponer á su ambición homicida. ¡Cuán cierto es que la república es aún opresión y tiranía!

*
*
*

El combustible mineral dista aún mucho de escasear: según estadísticas recientes, en los últimos años el término medio de hulla consumida anualmente, se eleva á 630 millones de toneladas métricas, sin que se observe en las minas una disminución apreciable.

Esa combustión representa una cantidad enorme de energía: admitiendo que medio kilogramo de hulla produzca la energía necesaria para el desarrollo de la fuerza de un caballo-vapor durante una hora, y que dicha fuerza representa el trabajo de siete hombres; un cálculo sencillo permite establecer que esa energía es la que producirían 8.820.000.000.000 hombres durante una hora, ó sea, 1.108.000.000.000 durante una jornada de ocho horas, ó sea, finalmente, 3.690.000.000 durante un año obrero de 300 días.

Ahora bien; como la población de la tierra, comprendiendo hombres, mujeres y niños, es de unos mil millones, resulta que para reemplazar la energía producida por la

combustión del carbón, se necesitaría que la tierra tuviese una población doce veces mayor que la que posee actualmente, admitiendo que todos los adultos, dejando sin contar mujeres, niños y ancianos, quisiesen hincar el hombro.

Bien contado todo, habría que aumentar veinte veces la población del planeta para que pudiera reemplazar por el trabajo muscular del hombre el trabajo mecánico producido anualmente por el carbón.

¿Qué valor tienen, en vista de ese dato, las declamaciones de los políticos y de los economistas al servicio del privilegio, cuando censuran como exageradas las mínimas reclamaciones del societarismo obrero?

Fijen su atención los trabajadores en este punto (que quisiera ver consignado y comentado en la prensa obrera internacional), y consideren que la usurpación de que son víctimas se extiende, no sólo a la riqueza social natural y producida, sino a la que se está produciendo y aun a la que ha de producirse, porque los privilegiados tienen acaparados para sí-hasta los avances futuros del progreso. Para perpetuar ese despojo sirve la Religión, el Estado, la Ley y la Fuerza pública; para que cese, tienen los trabajadores la Huelga General y la Revolución Social.

* * *

Durante la huelga general de Pensylvania, terminada por un triunfo obrero, como hubieran terminado las huelgas generales de Francia y España sin la traidora intervención de los jefes del socialismo parlamentario y ministerial, el almirantazgo americano, temiendo verse privado de combustible para la marina de guerra, ordenó que se ensayase el petróleo en sustitución del carbón.

Estos ensayos, practicados recientemente bajo la vigilancia de un oficial de la marina americana, han tenido buen éxito, dado que se ha obtenido una evaporación casi uniforme.

Los oficiales, asistentes a la prueba del experimento, aseguran que resulta probado de una manera absoluta que el problema mecánico de quemar petróleo como combustible en los buques de guerra está resuelto, y que los marinos pueden operar la calefacción después de una corta práctica.

Los experimentos se han verificado por medio del aire comprimido, a una presión suficiente para producir una combustión completa.

A pesar del calor intenso, las paredes de la caldera empleada en esos experimentos han quedado intactas.

La grave dificultad consistía en producir la combustión antes que el gas llegase a la base de la chimenea; hoy se ha llegado a obtener la combustión completa enfrente del horno.

* * *

Para el biólogo, la piedra filosofal consiste en el procedimiento que produjera seres vivientes: la mecánica permite copiar los movimientos naturales; la química enseña a imitar la combinación de los cuerpos; se ha llegado a hacer huevos artificiales que valen para el consumo tanto como los otros, con la ventaja de no corromperse. ¡Pero la vida misma!... Es verdad que en una simple disolución de carbonato de amoníaco se tienen todos los elementos necesarios para la producción de cuerpos orgánicos y aun organizados: el hidrógeno y el azoe en el amoníaco, el oxígeno y el carbono en el ácido carbónico; sólo faltaba combinar esas substancias elementales de modo que resultara un ser

viviente, animal ó vegetal, de un orden tan inferior como se quiera, pero con positiva fuerza vital, intento siempre fracasado hasta el día.

Pues en un reciente Congreso científico celebrado en Italia, el Dr. Leduc ha presentado la dificultad vencida, el problema resuelto. Vertiendo sobre una ligera capa de gelatina algunas gotas de ferro-cianuro de potasio, ha obtenido cierto número de células vivientes, de forma poliédrica, conteniendo cada una un núcleo, protoplasma y una membrana; en una palabra, células vivientes iguales á las de las plantas ó de los animales.

La revista inglesa *Science Siftings*, ocupándose de esos experimentos llamados á ser memorables, declara que no se puede aún afirmar que esas células tengan las propiedades de crecimiento, de movimiento y de reproducción de que gozan las naturales.

Próximos experimentos desvanecerán probablemente esa duda; pero entretanto, consignemos con satisfacción que uno de los más grandes problemas que se proponía la ciencia ha sido resuelto.

*
*
*

El arte del reclamo avanza en proporción de la necesidad burguesa de pescar el comprador.

A título de curiosidad en su género y en previsión de futuras aplicaciones, citaré el procedimiento, con privilegio de invención, por supuesto, de que da cuenta la excelente revista francesa *Inventions Illustrées*, destinado á sustituir por la noche los anuncios tan antiestéticos de los *hommes-sandwichs*: se trata del sombrero-anuncio luminoso.

He aquí en qué consiste el procedimiento: fijase un sistema de inscripción ó de atributos en el contorno de un sombrero, de cualquier forma que sea, y se le cubre de una tela á propósito, formando como una especie de bastidor. Esta inscripción se ilumina en la obscuridad por medio de una luz colocada en el interior.

Para eso, se fija en el fondo del sombrero una lamparilla eléctrica cuyos hilos conductores descienden hasta los bordes del sombrero y le atraviesan para salir al exterior y venir á fijarse en el vestido de la persona que lo lleva, á la manera del cordoncillo que suele usarse para sujetar el sombrero contra el viento. Ese hilo termina en un acumulador pequeño oculto en un bolsillo.

Entre la mano y el acumulador, se coloca al alcance de la mano un corta-circuito, destinado á hacer que aparezca y desaparezca la luz á voluntad.

Este nuevo sistema de reclamo, curioso y original, quizá está llamado á obtener gran éxito.

TARRIDA DEL MÁRMOL

EL TRABAJO

¿Qué es trabajo?—Los economistas y su falsa concepción sobre el trabajo.—Esterilidad del trabajo de los capitalistas.—Acumulación inmoral de las grandes riquezas.—El obrero único agente productor.—Armonías imposibles.

¿Qué es trabajo?

Trabajo es el esfuerzo que el hombre realiza individual ó colectivamente para llenar sus necesidades; y por esto, sin duda alguna, ha dicho el gran Franklin, «que es una ley indeclinable la que nos obliga á todos á trabajar»

El trabajo es la aplicación idónea de las facultades del hombre á la producción de la riqueza; es una fuerza productiva y reproductora que el hombre busca con ansia y que el hombre halla en sí mismo; es una actividad bienhechora que, al par que nos proporciona medios dignos y honrados de subsistencia, conforta nuestro organismo dándole salud y resistencia y elevando nuestro espíritu á las más sublimes concepciones de lo justo, de lo grande y de lo bello.

Pero si realmente el trabajo no excesivo produce la regeneración moral y física del ser humano, también ocasiona su embrutecimiento cuando al individuo se le extenua y martiriza, imponiéndole como condición ineludible de vida la realización diaria de una labor enorme, muy superior á sus fuerzas y mezquinamente remunerada.

El trabajo es la fuente de todo bien social libertador, civilizador y progresivo. Y así como la sintética «overtura» contiene en sí latente todo el sentimiento músico de la ópera, así también, en el trabajo, síntesis sublime de toda redención, civilización y progreso, vibran armoniosas las notas fraternales de todo cuanto de grande, noble y elevado, hay en la existencia humana.

El trabajo lo es y lo llena todo en la vida; es superior á la ciencia, á la industria y al comercio, porque la ciencia, la industria y el comercio son simples manifestaciones secundarias de la actividad laboriosa en que se agita incesantemente el trabajo, porque, en una palabra, sin «trabajo», propiamente dicho, no existirían la industria ni el comercio, ni el capital ni la propia ciencia.

* * *

Al estudiar las fases de la producción en sus diversas manifestaciones utilitarias, el afán de los economistas sólo ve en el «trabajo» una fuente copiosa y perenne de riquezas acaparables, «de fuerzas unidas á explotar» que se amontonan fácilmente en grandes yacimientos constituyendo el «capital».

Si los sabios economistas se preocupan de estudiar las «fuerzas del trabajo», es con el solo fin de procurar, por todos los medios posibles, que éstas se constituyan en productos perfectos de fácil acaparación, favoreciendo así el engordo de los explotadores á expensas de los explotados. Pero nosotros no estamos, no podemos estar en este punto, como en tantos otros, de acuerdo con las doctas eminencias de la Economía política. Ellos, los señores economistas, dicen que las fuerzas del trabajo «deben convertirse en productos comerciales y acaparables fácilmente»; y nosotros, pobres diablos al servicio de la revolución, deseamos, por el contrario, «que todo esfuerzo de trabajo, pues que es engendrado por la ley inexorable de la necesidad, se traduzca inmediatamente, tan inmediatamente como sea posible, en necesidades satisfechas» y que sólo sean acumulados y convertidos, por tanto, «en capital social, los productos sobrantes, cuando no queden ya necesidades de consumo inatendidas, esto es, cuando todos los seres humanos, hombres y mujeres, niños y ancianos, enfermos é inutilizados, tengamos cumplidamente satisfechas todas nuestras necesidades materiales é intelectuales, de nutrición, instrucción y recreo».

Así, pues, nosotros deseamos, «no que los esfuerzos del trabajo sean convertidos en la mayor mina posible de productos acaparables y acaparados por el egoísmo burgués, sino en necesidades satisfechas», pues que de este modo acabárase inmediatamente con toda injusticia de explotación, opresión y despojo.

El socialismo, universalizando comunmente el disfrute de la riqueza social, poniendo al libre alcance de todos los humanos medios hábiles y dignos de producir y consumir

en proporciones racionales, redimirá positivamente a las sociedades hoy día esclavizadas, y nada en el mundo, bajo la dulce égida del «derecho» cohonestado con el «deber» resultará opresivo ni depresivo para el hombre, libre y soberano por la sola virtualidad de su esfuerzo propio, en la augusta integridad de su autonomía individual.

Trabajando libre y voluntariamente, adquirirá el hombre del porvenir—el porvenir es del socialismo—todos sus derechos naturales y sociales.



Trabajar es orar, han dicho los poetas y los filósofos. Y esta afirmación sublime, ha quedado sancionada con carácter de verdad inconcusa por la sociología moderna.

El trabajo es la fuente de la vida. Como inmenso «señor todopoderoso y augustísimo» del Universo inconmensurable, campea y se agita el trabajo en todas las manifestaciones de la vida universal, y lo mismo trabaja la gigantesca estrella que irradia en las regiones siderales, rutiladora y fecunda, torrentes de luz vivificante, que el microscópico infusorio que vive en el vasto interior diamantino de una simple gota de agua, tan holgada y espaciosamente cual nosotros en Londres, París ó Nueva York...

Misión natural por excelencia, no hay nadie sobre la tierra que pueda eludirse de cumplirla más ó menos perfecta ó imperfectamente, porque todos trabajamos sin excepción, bien que el trabajo realizado por las llamadas «clases superiores de la sociedad», resulte las más de las veces un «trabajo estéril». Pero aun así y todo, no puede negarse la al parecer disparatada «existencia del trabajo de los holgazanes».

Mas el *quid humanum* no está, ciertamente, en averiguar si todos trabajamos ó no en el mundo, porque, que trabajamos, resulta evidente. Lo que hay que saber, es qué clase de trabajo realiza cada una de las diversas entidades colectivas de que se constituye la humana sociedad; lo que hay que examinar atentamente, es la sustantividad efectiva de los distintos modos con que, en las manifestaciones laboriosas de la vida social, cúmplase por todos los hombres la «inflexible ley del trabajo»; lo que hay, en fin, que inquirir y estudiar con el detenimiento debido, es si la producción obtenida en las diarias faenas del trabajo general por los diversos elementos humanos constituyentes del «gran todo sociedad», está en equitativa armonía con lo que cada uno de estos elementos consume ó se apropia en el reparto de los productos del trabajo.

Hay que ver si existe equivalencia armónica entre «lo que se da y lo que se recibe»; entre el esfuerzo y el beneficio, entre lo que se trabaja y lo que se disfruta. Esta es la cuestión, sencillamente planteada.

Que las clases elevadas, que los acaparadores legales de la riqueza social y los monopolizadores del poder y de la autoridad «trabajan», cosa es incuestionable. Pero si es incuestionable el «trabajo» de los privilegiados y de los ricos, no resulta menos incuestionable el hecho evidéntísimo de que las clases directoras y acaparadoras de la sociedad, á cambio de su trabajo exiguo y las más de las veces de resultados perniciosos para el feliz desenvolvimiento de la existencia humana, aprovechanse privativamente de todos ó de casi todos los productos del trabajo elaborados por la gran masa proletaria que yace, escarnecida y explotada, en la más desesperante y afflictiva de las miserias.

Cierto es que trabajan los dominadores del pueblo: trabaja el sacerdote, trabaja el militar, trabaja el abogado, como también trabajan el aristócrata, el usurero y el político. Pero el trabajo de estas entidades morbosas, es como el trabajo que realiza la hiedra entrocada con presión de serpiente al tronco del árbol: trabajo estéril, trabajo mortífero, trabajo infecundo que sólo estriba en dedicarse á chupar tranquilamente todos los ju-

gos substanciosos que produce la laboriosidad fructífera del pueblo productor. Luego este trabajo, el «trabajo de los holgazanes infecundos», es un trabajo perturbador, inmoral, altamente inmoral, sin finalidad provechosa al fomento del desarrollo del bienestar general de las sociedades humanas.

Trabajar es crear, es vencer resistencias, es convertir sabiamente fuerzas en productos, transformar materias insípidas ó de apariencia estéril, en sustancias nutritivas ó por otros conceptos disfrutables.

Trabajar, es ocuparse en algo útil al fomento de la producción y del bienestar social; trabajar es arar la tierra, forjar el hierro, encender el hornor, mover el telar, construir el edificio, dirigir el buque en el mar, trazar el plano de la obra, visitar y asistir al enfermo, barrenar en la mina, producir inventos provechosos, ilustrar é iluminar la inteligencia de los hombres con destellos de la propia; en una palabra, trabajar es favorecer con el impulso propio todo cuanto directa ó indirectamente, tienda á procurar el desenvolvimiento de la abundancia en los medios de vida material, intelectual ó estéticamente hablando.

Eso es trabajar, bajo cualquiera de las dos formas de «simple (manual) y capacitado (intelectual)» en que suele dividirse el trabajo.

Queda, pues, debidamente demostrada la inmoralidad é inutilidad del «trabajo de los holgazanes». Porque, siendo trabajar afanarse con el esfuerzo propio en el fomento de todo bien social, claro está y evidente resulta que quien á tan laudable fin no encamina todas las fuerzas latentes en su sér; que quien malgasta estérilmente sus energías productoras y reproductivas en las viles degradaciones del parasitismo infecundo, resulta un ente inmoral y pernicioso, que no solamente no produce obra alguna beneficiosa al desarrollo del orden social, sino que dificulta la producción de los demás con su extraña labor perturbadora, acaparadora y disolvedora.

El trabajo de los especuladores del pueblo, no es trabajo verdadero, sino fiel antinomia del trabajo, ya que la labor de esos «chupópteros humanos» sólo consiste en el insaciable afán de que se hallan poseídos de apropiarse, sin reparar en medios, de todo cuanto la esquilmada clase obrera produce, viviendo en eterna y paradisiaca holganza, al par que pérfidamente cargan la aplastante losa de todos los «deberes sociales y servicios de la patria nacional» sobre las magulladas espaldas del infeliz proletariado.

Por esto, porque el proletariado trabaja enormemente, y las clases privilegiadas no realizan otra labor apreciable que la de disipar y promover en el seno de la sociedad grandes discordias de corrupción y de muerte, es por lo que en el mundo no hay paz, libertad ni justicia.

Es, pues, evidente; mientras subsista en pie la gran anomalía, la anomalía tremenda de que, los estériles y los degenerados, engendros monstruosos surgidos al calor de la explotación del hombre por el hombre, dominen el orden social, no será posible que la Humanidad entre fraternalmente en el cielo glorioso del derecho y de la igualdad.

*
* *

Los archimillonarios, los reyes del oro, los Samuel Sylvan, George William, Schwal, Vandérbilt y los Rotschields, ¿qué han hecho de extraordinario, en qué obra magna se han ocupado, qué trabajo colosal han realizado que les permita justificar debidamente la acaparamiento de las inmensas riquezas, de las asombradoras millonadas de que son poseedores legal y privativamente?

¿Es que esos señores millonarios hayan abierto con el esfuerzo de sus brazos omnipotentes el istmo de Suez, ó perforado siquiera el San Gotardo?...

No, ciertamente. Y si no han hecho nada de extraordinario en pro del desenvolvimiento de la civilización; si ni fueron los portentosos aplicadores del vapor y la electricidad al fomento de la industria y la locomoción en todas sus diversas manifestaciones, ni se les ocurrió, asimismo, «idear la dinamo» maravillosa; si, en fin, de nada útil al desarrollo del bien social son autores, ¿se nos quiere decir á título de qué justo derecho se hallan los llamados «reyes del oro» en posesión de «sus» cuantiosísimas fortunas?...

¿Que también los millonarios trabajan, se nos arguye? ¿Que exponen «sus fortunas» y mortifican «sus talentos» para impulsar en mil empresas colosales la fuerza de la producción? ¿Que ellos, los millonarios, son la providencia del progreso, pues que á su influjo se centuplican las fuentes de toda humana actividad?...

No lo creemos nosotros así, porque tales afirmaciones no son rigurosamente exactas.

Los reyes del oro no trabajan; sólo piensan en extender su dominio posesivo cuanto les sea posible. Luego los millonarios que se sindicán formando «trusts» para dominar el mundo, bajo el imperio de su férula ominosa, no pueden ser, no lo son, cierta é indiscutiblemente, la «providencia del progreso», porque el progreso, para desarrollarse benéfico y arrollarlo y transformarlo todo en sus constantes ascensiones gloriosas hacia la perfección humanizadora por la libertad, ni es impulsado por los ricos, ni de providencias necesita.

La ciencia y el trabajo; he ahí los verdaderos impulsores de todo progreso, civilización y libertad.

Y en cuanto á la afirmación de que los opulentos millonarios, enriquecidos seguramente en los agios inmorales de todos los Panamá's habidos y por haber, «exponen sus inmensos capitales en las empresas del trabajo», eso no es tan cierto como á primera vista pudiera suponerse. Sólo el obrero es quien produce y expone su salud y su vida en beneficio de los patronos y para crear las inmensas fortunas de que los ricos se hallan en posesión.

Los obreros, trabajando mucho, incesantemente, producen todo, capital y riqueza, y viven, sin embargo, indigentes y postergados. Pero la sociedad moderna, á pesar de sus alardes de democracia y liberalismo, lejos de preocuparse en poner á cada uno en la libre posesión de lo que en justicia le corresponde, cuidase tan sólo en «especializar» fríamente, con frialdad refinada, los nuevos procedimientos de explotación y secuestro de los productos del trabajo, haciendo vivir en la negra esclavitud pasiva del autómatá, á las masas del pueblo laborioso que se agitan insensibles en su tremenda miseria.

«Ya no se mata al hombre de golpe y porrazo—escribe G. Clemenceau—se le desgasta». De la actividad del individuo, cada uno procura quedarse con el beneficio, dejando únicamente al que se esfuerza en producir, la parte de vida necesaria para continuar produciendo. Ya no se tiene la «piedad de matar»; se alarga la vida del individuo, para sacar mayor ventaja del suplicio de la vida prolongada. Se atormenta el nervio, se galvaniza el músculo del vencido, para robustecer el nervio y el músculo del vencedor».

Así es, efectivamente. Con la sangre de los trabajadores nutren sus músculos los vampiros capitalistas y engorda que es una verdadera maravilla toda la turbamulta honorable y «dorada», excelentísima y «superior» que nos deslumbra con sus lujos sardana-palescos y nos insulta con sus inmensas harturas....



Sábese al presente, de manera positiva é indiscutible, «que toda riqueza es trabajo acumulado y no pagado á sus legítimos generadores los obreros»; que la magnificencia desplegada ante nuestra vista por los poderosos disipadores que nos «gobiernan» y explotan, supone el «pan arrebatado legalmente» á millones de víctimas de la explotación mesocrática; que los ricos diamantes, las finas sedas y las valiosas joyas artísticas que adornan y embellecen las «ideales formas de las espirituales burguesas opulentas», no representan otra cosa que mares de acerbas lágrimas y torrentes de sudor y de sangre, vertidos copiosamente por los innumerables mártires que la avaricia egoísta é inhumana de los explotadores, sacrifican diariamente en las bárbaras glebas de la explotación. Pero aunque todo esto se sabe por modo indefectible; aunque ya nadie ignora tanta abominación, é infamia tanta, á pesar de las hipócritas protestas de humanitarismo y piadosa filantropía de que el mundo de los satisfechos hace ostentoso alarde; á pesar, repetimos, de vivir bajo los santificados auspicios de una «sociedad de mentísima, eminentemente cristiana», explotadores, fanatizadores y tiranos, reyes, obispos y magnates, todos, todos cuantos viven sobre los hombros del pueblo laborioso, continúan con placidez dulcísima disfrutando tranquilamente, sin escrúpulos de conciencia, de sus mal adquiridas riquezas y usurpados privilegios; y, hasta el mismo Papa romano, opulento representante del humilde Jesús de Nazaret, hasta el «áureo Sumo Pontífice católico, no obstante la doctrina cristiana del desprecio á los bienes de este mundo miserable», complácese en acaparar terrenales riquezas, en esquilmar á las mansas ovejas creyentes, para poder así gastar «mezquina y cristianamente, más de quince mil miserables pesetas diarias, en las atenciones de su seráfica persona», calzando sus pies de soberano sacrosanto con sándalías de una riqueza imponderable, y cubriendo su deificada cabeza de infalible, con una soberbia tiara que vale infinidad de miles de duros...

Y en medio del general malestar provocado por tanta y tan impía monstruosidad, cuando todo parece estar en inminencia de llegar al final resultado, merced á la gran revolución que, próxima á estallar, ciérnese pavorosa sobre nuestra cabeza, los adversarios de todo bien social, los que, en su calidad de «superiores», se arrojan la misión de dirigirnos y el derecho de explotarnos, háblannos con persistencia procaz de armonías imposibles entre el capital y el trabajo...

Armonía entre pobres y ricos, fraternidad entre explotados y explotadores, cordialidad afectuosa entre víctimas y verdugos... ¡Qué estúpida aberración! ¡Como si á las mansas ovejas les pudiera ser ventajoso pactar con los lobos carniceros!

* * *

Jamás podrá haber armonía, paz y ventura en un mundo de desiguales. El privilegio está reñido con la fraternidad y con la justicia, porque da origen al envilecimiento de los hombres, convirtiéndolos en masas inconscientes sin noción de dignidad.

Sólo la libertad, basada en la igualdad de medios, de derechos y de deberes, puede y debe abrir en los fastos de la Historia una nueva era de fraternidad y de armonías verdaderas entre los hombres. Para eso es preciso que nos convirtamos todos en trabajadores; esto es, que no haya en el mundo señores ni criados; que todos, absolutamente todos los seres humanos útiles, nos dispongamos de buena voluntad á «ganar el pan nuestro de cada día, con el sudor de nuestra frente».

La redención de la sociedad estriba en eso, y no en otra cosa.

Trabajemos todos, pues que el trabajo es la ley indeclinable de la vida; pongamos de buena voluntad, en práctica sobre la tierra, el principio socialista de la mancomuni-

dad universal de afecciones y de intereses de todos los humanos constituidos en una inmensa familia libre y feliz, donde no haya huérfanos ni desheredados, parias ni señores, amos ni criados, y entonces será realmente posible, y jamás por nadie ni por nada perturbada, la armonía social del capital y el trabajo por la sola virtud de la «supresión del capitalista», como entidad social explotadora, acaparadora y disolventadora.

Pero esto, claro está, no lo quieren las clases privilegiadas, no lo desean, ni pueden lógicamente desearlo, los que ejercen el monopolio del poder social y se hallan, por tanto, en posesión absoluta de todas las riquezas, honores y prebendas nacionales é internacionales, viviendo á expensas del trabajo ajeno.

Ven en ello la ruina de su social preponderancia, y por eso miran con «malos ojos» y procuran abortar en sangre todo noble movimiento de redención, de civilización y de progreso.

Hacen bien en obrar cual obran los amos soberanos de la situación, pues que en ello les va la vida de sus «nobles» privilegios y de sus grandezas asombradoras.

DONATO LUBEN

El Arte dramático en España

EN EL TEATRO ESPAÑOL: LA PECADORA, drama en tres actos, escrito en prosa por Angel Guimerá.

La Pecadora es un drama bastante defectuoso, pero es también la mejor obra dramática que se ha estrenado en Madrid durante la actual temporada.

Hago esta declaración, de buenas á primeras, porque acabo de leer lo que de *La Pecadora* dice la crítica madrileña, y de aquellos dichos resulta que el drama de Guimerá es inferior á todos los dramas estrenados este año, ya que los demás no merecieron de la prensa las censuras, sin atenuantes ni eufemismos, que ha merecido *La Pecadora*. Es este un misterio que no podrá explicarse quien considere que la benevolencia, el rigor, la consideración, ó, cuando no, el respeto, deben ser iguales para todos los autores. Y antes y después de escribir lo que se acaba de leer, repito que *La Pecadora* es un drama que deja mucho que desear.

En cuanto á la superioridad artística que este revistero ve en ella, comparándola con las obras estrenadas en la presente temporada, me remito al público, que es el juez más imparcial y de más sentido común que yo conozco. Las representaciones, pues, que alcance el drama de Guimerá, dirán quién tiene razón, si los que, según lo que han dicho de él, la reputan la obra peor de las estrenadas este invierno, ó yo, que la considero la mejor.

* * *

Se trata de una chiquilla, fruto de amores ilegítimos y criada en las montañas catalanas, que á los catorce años se escapó á Francia con unos cazadores franceses. Guimerá, para justificar ó explicar la huida de Daniela, sólo nos dice que la pegaba su tío, y tutor, con quien vivía. No es bastante. Daniela en París causó estragos en los cafés y teatros cantantes, pero quince años más tarde, vuelve á su tierra con muchos billetes de Banco en la cartera y una grave enfermedad en el corazón. En su antigua vivienda, á

donde acude sin avisar ó poco menos, encuentra al hijo de su tutor, que la quería, según la dijo después, casado y con hijos. Ramón, que así se llama el primo, no quiere recibir á Daniela, ni tenerla en su casa, ni verla siquiera; mas tanto suplican la esposa, la hija y Monsa, una buena vecina y antigua amiga de Daniela, que al fin consiente en que *muerá* con ellos la pecadora; pero no sin que Ramón presenta, presentimiento que torpemente comunica á Monsa, así como el amor que sintió por Daniela, que la entrada de ésta en aquella casa será causa de grandes disgustos. Y viene lo presentido con el amor que Daniela hace renacer en el corazón de Ramón, seguido de celos por parte de la esposa, y con agravación de la enfermedad que sufre la pecadora, quien si fué mujer de muchos en París, no quiere serlo de Ramón en el pueblo en que nació, para no causar la desgracia de la familia que le dió amparo. Y termina el drama con la muerte de la pecadora, la cual, con haber pecado tanto y con no reunir un sentimiento superior, resulta la persona más digna que Guimerá exhibe en su drama.

* * *

Es el arte de Guimerá un arte sin nobleza de caracteres, sin grandes abnegaciones, sin sentimientos elevados. Sus héroes, sin ser trágicamente malos, los mejores, resultan trágicamente desdichados. Jamás sufrieron por haber hecho buenas obras. María Rosa, emborrachando y entoqueciendo carnalmente á su segundo esposo el día de la boda, para hacerle declarar que fué el matador del primero, resulta de una pequeñez moral que aterra.

Este es el defecto del arte dramático de Guimerá: no tiene en sus creaciones un alma extraordinaria por su bondad.

En *La Pecadora* el autor hace que se odien dos mujeres sin razón para ello. Cuando Antonia, la esposa de Ramón, aborrece á Daniela, ésta siente cariño por aquélla. Cuando Antonia se apiada de la pecadora, Daniela siente horror por Antonia. Al autor no se le ocurre reconciliar un momento á las dos rivales, hacer que se abracen, que se besen, aunque sólo fuese minutos antes de que Daniela dejase este mundo, ya que para el odio no hay motivo, desde el momento, y bien lo sabe Antonia, que Daniela jamás pensó en enamorar á Ramón. El hecho de que la pobre enferma, herida de muerte y sabiendo que va á morir, induzca á Ramón á que huya con ella, no es más que el delirio de la vida que se le escapa y que quiere detener en su representación más excelsa: el amor. Guimerá, en labios de Monsa, comete aquí un gran pecado moral y estético. «Que se llevan á tu padre», hace decirle dirigiéndose á la hija de Ramón, cuando Monsa sorprende á éste dispuesto á marcharse con Daniela. A quien se llevan es á la pobre pecadora, que en el borde del sepulcro pide amor, como Goethe pedía luz.

¡Tan conmovedor, tierno y artístico como hubiera resultado una reconciliación franca de la esposa con la querida platónica del marido! Guimerá prefiere el odio á la ternura; no soy de su opinión y creo que este es un obstáculo, y no pequeño, para que el autor de *La Pecadora* llegue á ser un gran artista.

* * *

Estudemos un solo caso psicológico en cada uno de los principales personajes.

¿Quién es Monsa? La maestra del pueblo. ¿Qué relaciones de amistad ó parentesco tiene con Ramón? Ninguna. No obstante, Ramón le cuenta, al final del primer acto, que quería á Daniela, á pesar de que el interesado nos hace saber que á nadie, ni á sí mismo, quiere contar el amor que sintió por la pecadora. ¿Qué esposo con hijos contará á una vecina que quiso á la bella pupila que le entra por las puertas? Ninguno. ¿Era necesaria tal confesión? No sólo sobra, sino que es antiteatral y antiestética. Antiteatral, porque se

guida del presentimiento, que confiesa también á Monsa, de que la presencia de Daniela en la casa será causa de grandes disgustos, es descubrir al público lo que ha de suceder en los dos actos restantes y el final que tendrá el drama. Antiestético, porque es feo que un hombre le cuente á una mujer los amos que tuvo con otra mujer. ¡Menos mal si fuese un hombre!

¿Por qué Daniela no conoció á los catorce años que Ramón la quería, ó por qué á los veinte, cuando supo qué era amor, no dedujo que aquel cariño de su primo era este amor que ella ahora sentía? Nadie se lo explica. El autor no da más razones que esta interrogación que Daniela dirige á Ramón. «¿Por qué entonces no me declaraste el amor que por mí sentías?»

Pobre es de arte el Sr. Guimerá, y pobre es hasta de sentimiento, cuando no sabe que el amor no necesita palabras para expresarse, ni nadie, por mucho que se empeñe en ello, puede ocultarlo. Por consiguiente, Ramón quiere que no necesariamente había de manifestar á Daniela el cariño que por ella sentía; y si ésta á los catorce años tuvo lo que es menester para huir con unos cazadores y no tuvo lo que es preciso para comprender que se la quería, andando el tiempo debía haber sospechado que era amor el cariño que por ella sentía su primo. Aquel reproche, puesto en labios de Daniela, significa, por parte de Guimerá ó falta de estudio, de repaso, ó pobreza psicológica.

Daniela resulta cándida, y más que cándida, tonta. Una mujer con todos los sentidos, hubiera sospechado lo que podía ocurrirle en casa de Ramón, y antes de salir de París, para volver á ella, hubiera querido enterarse de si su primo Ramón estaba ó no dispuesto á admitirla. Por mucho que el autor se empeñe en presentarnos á Daniela antojadiza, circunstancia que nos repite tres veces por boca del criado de Daniela, no nos convence de que los antojos de la pecadora sean incompatibles con la sospecha de lo que la podía ocurrir en el pueblo, y en este caso la previsión era indispensable y cuando no la previsión, la duda.

La creación única artísticamente superior de *La Pecadora* la constituye Ana, la hija de Ramón. Aquella es una niña verdadera. Guimerá conoce el alma de los niños.

* * *

Enfermedades hay que se agravan fatalmente; hay quien se muere antes del tiempo debido, aun padeciendo enfermedad mortal, por accidentes fortuitos del médico, por influencia del medio. Sin embargo, la muerte de Daniela se anticipa por maldad, por pobreza moral, por la sandez de las personas que la rodean. La mata Ramón con su amor, la mata Antonia con su odio, y hasta la mata el médico con su charlatanería, porque por el médico, que cuenta lo que no ha de contar á las vecinas, se entera la pobre enferma de que su vida es cuestión de pocos minutos. ¡Cálculense los efectos de esta revelación en un enfermo de afección cardíaca!

¿Por qué el artista, por qué el poeta, no ha de buscar lo bello de la vida y hasta de la muerte? ¿Por qué ha de echar mano, para precipitar la de una persona que debe morir necesariamente, de la animalidad y del odio de los demás? ¿No es más bello hacerla morir, trágicamente si se quiere, rodeada de cuidados y de cariño? No señor; Guimerá, entre lo noble y lo bajo, prefiere lo bajo. ¿Es así la vida humana? Sospecho que no; pero, aunque lo fuese, el poeta debe mirar hacia otras humanidades, aun sin levantar los pies de la tierra.

Mas Guimerá comete faltas peores. Alarga la agonía de Daniela y la hace presenciar por todo un pueblo, sin que nadie haga nada para detener aquella vida que huye;

ni llaman al doctor, ni acuestan á la moribunda, ni la prestan auxilio. Parece gente que ha pagado su entrada en el escenario para ver morir á una mujer.

¡Qué situación más absurda y más difícil para los actores! Ni siquiera Ramón se acuerda entonces del amor que siente por Daniela. Estoy por creer que Guimerá no sabe lo que es amor. Ramón resulta muy poco cariñoso, muy poco amante. ¡Si aquello es amor!.. Los hombres que aman, ante la mujer adorada que agoniza, prescinden por completo de todo convencionalismo social; es más, no se acuerdan de ellos para nada, y no obedecen más que á los impulsos de su corazón, toda naturaleza en tales trances; y las personas de carne y hueso, aunque no amen á la mujer que muere, no presencian la agonía sin la desesperación de la impotencia ó el afán por hacer algo en bien de la vida que se escapa. Por culpa de Guimerá, las personas que presencian la agonía de Daniela, parecen saber que se trata de una comediante que está representando la muerte.

••

Aunque me cueste el calificativo de hombre ingenuo y de poco mundo, confieso que no he visto acto mejor representado que el primero de *La Pecadora*. No se trata ya de los directores de la compañía, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que estuvieron superiores toda la noche, se trata del conjunto, de toda la compañía. No se puede pedir más. En los dos actos restantes flaquearon algunos actores; pero la señora Guerrero, el señor Mendoza y Josefina Blanco, que estaba encargada del papel de la niña Ana, se mantuvieron á la altura á que habían llegado, y aun María la superó, porque los otros actos son de más lucimiento para ella. Bien en grado superlativo. Sólo por ver trabajar á los actores se puede ir al Teatro Español.

EN EL TEATRO LARA: *PEPITA REYES*, drama en dos actos, escrito en prosa por los hermanos Quintero.

Es una modistilla que se siente con facultades para el teatro lírico y que, por sus condiciones de voz, llega á ser una celebridad.

Su novio, que es litógrafo, se opone á que la Reyes siga la carrera de cantante, y ella, que quiere de veras á su novio, se encuentra entre la espada y la pared, representada aquella por el amor que la inspira el litógrafo, y ésta por sus aficiones artísticas y su cariño filial, pues antes, sus padres apenas podían comer y ahora viven á lo grande. Este conflicto entre el amor y el deber filial, constituye la comedia de los señores Quintero. No obstante sus tintes románticos, *Pepita Reyes* es una preciosidad, por su sentimiento y su sencillez. Está aquello muy bien observado, sobre todo el ambiente de las tablas y el del cuarto de la diva, con sus gomosos y sus explotadores, espíritus de mendigo y de truhán, que tanto abunda entre la gente que habita la capital de España.

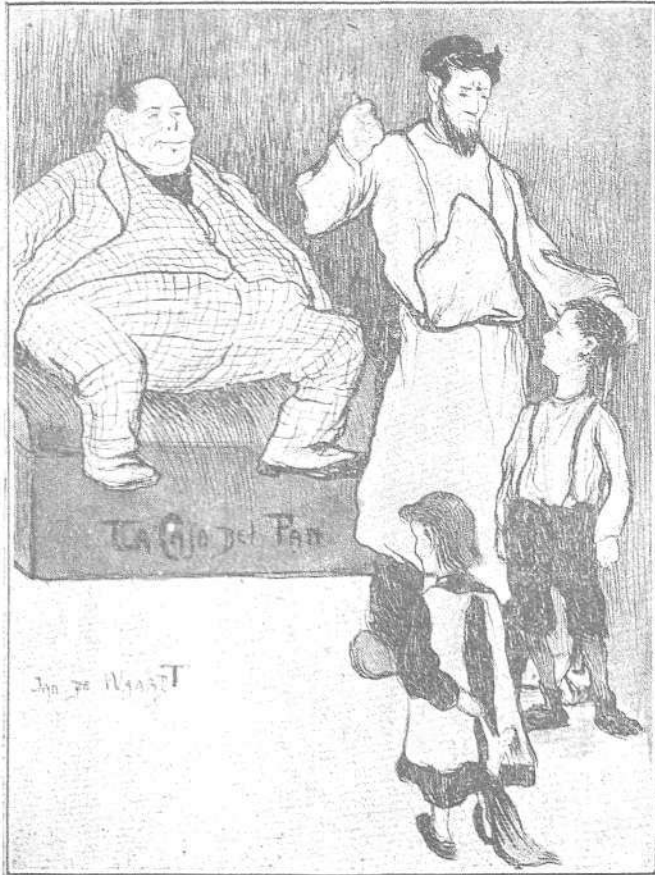
Si los hermanos Quintero, á su gracia unieran algo transcendental en problemas morales y pasionales, serían dos grandes artistas.

Los actores del Teatro Lara, todos celebridades en su género, representaron la obra á maravilla.

ANGEL CUNILLERA

NOTA. He visto representar de nuevo *La Pecadora*. Se le ha quitado el final del primer acto, de que hablo en otra parte y que tan mal efecto hizo. La obra gana mucho con la indicada supresión. Mantengo cuanto digo de la obra de Guimerá y me ratifico en que es el mejor drama de la presente temporada.—A. C.

EL LADRÓN



—Derribad á éste, hijos míos, si queréis tener pan en el armario, que en su barriga está el que á vosotros os falta.

Crónicas de Arte y de Sociología

DESDE PARIS

Muerte de un filósofo positivista: Pierre Laffitte.—«El Grande Hombre», por Jorge Brandes.—«Juventud», drama de Max Halbe.—«Moralidades legendarias», por Jules Laforgue.—Una campaña de Clemenceau.—La novela inglesa: Thomas Hardy.—La novela y la psicología histórica en Francia.—«Modestia y Vanidad», de Peladon.—El «Satyricon», de Petronio, traducido por Tailhade.—«Le Père Perdrix», de Ch. Louis Philippe.—La poesía en París.

El día 4 de Enero último falleció en ésta Pedro Laffitte, el filósofo positivista, que viviera para los demás, persiguiendo sin descanso una alianza íntima entre los filósofos y los proletarios, para unir, según decía, una gran fuerza á un gran pensamiento.

Laffitte nació en 1823 y fué el discípulo predilecto de Augusto Comte, fundador del positivismo. Y, al morir el maestro, le sucedió el discípulo en su apostolado filosófico. Laffitte vivía, en verdad, sus ideas, sustentándolas con ardiente convicción y propagándolas con actividad social. Fué uno de los más grandes impulsores de ese humanitarismo científico que hoy ha tomado nombre de solidaridad.

Laffitte ocupó la cátedra de la Historia de las Ciencias en el Colegio de Francia. Célebres se hicieron sus cursos sobre los arquetipos humanos, como Moisés, Confucio, Budha, San Pablo, Mahoma, etc. Muy notables júzganse también sus conferencias sobre la filosofía primitiva. En 1869 publicó un folleto sobre la civilización china, estimándose el mismo como fuente de observaciones.

Como, en su discurso funerario, indicara Anatolio France, no existe hoy ningún espíritu pensador que se haya sustraído por completo al positivismo, que ha penetrado en las esferas morales é intelectuales más contrarias á él. Las construcciones falaces de la metafísica no se levantan ya, de modo tan frágil, en nuestra mente. Confiamos mucho en el método experimental que dirige los estudios de nuestro tiempo. Ha contribuido al moderno progreso la genealogía de las ciencias, que estableciera Comte, así como la luz que el mismo hizo sobre las épocas humanas. El positivismo inauguró, además, una moral fundada en la solidaridad de los hombres. Y esta doctrina filosófica, á pesar de su estabilidad fundamental, va evolucionando y crea, para su mayor gloria, nuevas relaciones cada día.

*
* *

La casa Stock, de ésta, ha publicado las conferencias que dió en 1902 Jorge Brandes, en la Escuela rusa de Estudios Superiores de París. El tema fué «El Grande Hombre», origen y fin de la civilización.

Pocas veces, como en su disertación, se ha mostrado el crítico dinamarqués tan fuerte de ideas. Estas, con su estilo claro y animado, se hacen en su folleto sumamente interesantes y aleccionadoras, siendo expresión del presente intelectual y moral. Su lectura estimula el pensamiento y lo deleita.

Como Renan, Flaubert y Nietzsche, opina Brandes que el fin de la historia es la producción del grande hombre. Este constituye un medio, declara, al seguir el crítico con método, para llegar á un fin que sobrepaja á su individualidad.

El Grande Hombre, activa por instinto y con egoísmo. Sólo trata de satisfacerse á sí propio y no se acuerda del goce de las masas. «Los pequeños poemas de Goethe, hacen las delicias de quienes los leen y los comprenden. No los escribió, sin embargo, con el propósito de hacer bien á la humanidad, sino por que se sentía impulsado á componerlos». Pero, ¿es que Brandes no ha leído ó no se acuerda del famoso final de la *Queignung*, de la dedicatoria de Goethe?

Existen con frecuencia hombres que se han hecho célebres, siendo únicamente expresión inteligible y precisa de los instintos, facultades ú opiniones de las masas. Pero los tales, dice el crítico, no han sido verdaderamente grandes. La grandeza de un sér humano no consiste en ser órgano elocuente de la muchedumbre, sino en aportar algo al fondo de ideas, de formas é imágenes, anterior ó contemporáneo, ó solo luchando contra el conjunto de todo ello. Nunca se debió á la muchedumbre una idea filosófica, religiosa ó política, ni una concepción ó forma de arte. Ni aun por ella han sido compuestos los cantos populares.

Jamás ha sido el grande hombre, según Brandes, el resumen de la civilización existente: sino el origen y el manantial de un nuevo estado de cultura. Siguiendo esa idea, declara que sólo hay que ir en busca de la gran personalidad.

¿Puede alcanzarse la prosperidad general, prescindiendo de los grandes hombres, como fin? Brandes contesta: ¡No! Y cita el ejemplo de Pasteur, que tanto honró á su patria, como dijo Séailles en el mitin sobre la «Mano Negra», en las *Sociétés Savantes*, al servir el interés de la humanidad general. Pasteur curó, miles de personas, y curará, aun después de muerto, á muchos más. De ahí que, en lo pertinente á la prosperidad de las masas, «la producción de un Pasteur vale más que la instrucción elemental de un millón de medianías».

En unos párrafos de la segunda parte, estudia Brandes la misión de la democracia, considerándola peligrosa para la libertad. Dice que cuando las mujeres obtengan el voto, nos encontraremos frente á una reacción religiosa y una reconstitución del poder clerical, que exigirá siglos de lucha. «No se debe considerar la palabra democracia como sinónimo de progreso, ni sustituir la adoración á un papa ó á un rey por la religión del número ó el culto de la mayoría».

Tal es, en fines generales, el sentido del importante folleto de Brandes.

*
*
*

Ultimamente se ha estrenado en el teatrillo de la Bodinière el drama *Juventud*, de Max Halbe. Este autor es uno de los que en Alemania cultivan, con arte, el realismo simbólico en la escena. Mucha exuberancia de sentimiento hay en su obra, que es viva y fresca.

Nos hallamos en la Prusia polonesa, en casa del anciano cura Hoppé, á quien hizo tomar órdenes un amor contrariado de su juventud. Es un carácter entero y significativo. Se muestra indulgente y compasivo para los demás, pues conoce los sinsabores mundanos. Con él vive el vicario Grégor, espíritu intransigente, por sentir y querer dominar las tentaciones. Con ellos reside Annette, sobrina del viejo. Tiene dieciséis años y es jovial. La entristece, de cuando en cuando, el recuerdo de su madre muerta, que no vivió en el régimen del matrimonio. Para reparar esta falta, Grégor le indica que debe profesar en un convento, Annette se halla indecisa.

Pero entonces llega el joven estudiante Hans Hartvig, amigo de infancia de Annette, el cual se dirige á la Universidad de Heidelberg. La muchacha siente júbilo y se ena-

mora de Hans, el cual la corresponde. Pero Grégor también quiere á Annete, y el sentimiento de los celos hace también que la recomiende el convento y que denuncie la amistad de Hans al viejo, de quien el joven es sobrino. A éste le odia también Amandus, hermanastro de Annete, que es idiota, y le odia porque se dan á Hans los mejores bocados. Luego descubre que Annette va una noche á su cuarto, donde se le entrega. La chica llora después su falta y el estudiante se halla desesperado por verse obligado á renunciar á sus sueños de ciencia y gloria. Amandus entera de la falta á Grégor, quien la descubre al viejo. Hoppé apela al honor de Hans, quien se obliga á marchar á Heidelberg y volver al lado de Annette, cuando termine sus estudios. Pero el idiota, carabina en mano, acecha y apunta á Hans; se interpone Annette y cae mortalmente herida. Muere estrechando á Hans, mientras el vicario la exhorta para que se arrepienta y el viejo la bendice, apelando al divino perdón.

El carácter de Annete, sin corresponder á una alma excepcional, es de carne viva y de mucha verdad. Bien dibujados se hallan el estudiante y Grégor. Pero el cuadro se llena por completo con la figura del anciano Hoppé, símbolo de la tolerancia.

Esta obra combate el perjuicio que ocasiona la iglesia romana á la civilización, y es una protesta contra la fe y la moral. Annette y Hans, simbolizan la humanidad sedienta de goces, á la cual embriagan las fuerzas ciegas de la naturaleza, que representa el idiota Amandus, y la intolerancia religiosa, que encarna Grégor. Es, en suma, una obra de arte más legítimo, viviente y profundo que el de Suderman, que es un Dumas de segunda mano.

* * *

La Sociedad del «*Mercure de France*», acaba de publicar *Las moralidades legendarias*, de Jules Laforgue, malogrado autor, cuyos exiguos trabajos pueden contarse entre lo excepcional. Tenía este escritor mucho talento y era sumamente original, tanto en sus expresiones como en sus emociones. La tensión de su alma era agudísima y parecía alestar en el misterio metafísico de la existencia. Rasgos geniales hay en sus composiciones, en las que ofrece una *tessitura* de espíritu elevado, bien que no parezca ello compaginado bien con su estupenda ironía simbólica y shakespeariana y con su estilo complicado de palabras y reconcentradas de ideas. ¿Quién hizo de manera tan profunda, tan certera y tan singular la psicología del alma laberíntica de Hamlet, en los movimientos de la cual se perciben las sombras de la locura? Laforgue figura entre los talentos ignorados que anuncian al genio.

* * *

Clemenceau, el gran polemista, el filósofo político, acaba de reunir en un folleto—*L'Eglise, la République et la Liberté* (1)—el discurso que pronunciara en el Senado francés y los artículos que publicó en *Le Bloc* durante la campaña que emprendiera en el asunto de las congregaciones.

En el opúsculo desarrolla con inteligencia preclara y espíritu radical muchas cuestiones de Derecho, ya en lo referente al individuo, ya en lo tocante á la sociedad. Un hombre tan laico como él, ha de combatir briosamente la política romana, como hace, pues la misma se encubre hipócritamente con el velo falaz de la religión. El clero se resiste aún á reconocer—de buen grado—la supremacía del poder civil. Y, encarándose con los representantes de las congregaciones, Clemenceau les dice: «Os declaro que no tenéis el derecho de reducir á la servidumbre, no sólo al cuerpo, sino al ser moral. es

(1) P. V. Stock, Editeur, Paris.

decir, lo que hace el hombre por excelencia. Digo, que no hay derecho contrario, al derecho de cada cual á vivir y desarrollar plenamente su personalidad.»

Pero, más que la peroración, hay que leer y meditar los artículos *Toute la liberté*, *La thèse de Jaurès*, y sobre todo, *Croire ou savoir*, donde Clemenceau se muestra como un razonador vigoroso.

* *

La actual novela inglesa, entre los que la cultivan con mayor honradez y capacidad artísticas, ofrece el alma del individuo rodeada de tinieblas y acechada por mil riesgos. El cuadro el más sombrío, y aun diré fatídico, del que nos mostraron otras literaturas del Norte, como la noruega y la rusa, que también presentan aspectos misteriosos del espíritu humano. Sin embargo, entre ciertos autores ingleses de estos días domina un decadente sentimentalismo cristiano que lleva á la mayor degradación de la personalidad y de la sociedad: algo es ello de lo que imitara el hábil Galdós durante la superchería de su crisis religiosa.

La casa Ollendorff, de ésta, en su biblioteca de grandes novelistas extranjeros, ha publicado la traducción de la novela de Thomas Hardy *Jude l'Obscur*. Este es un hombre al cual la vida espanta y que ve espectros por doquiera. Quiso cumplir un ideal de estudio y de religión; pero la voluntad fué impotente para sustraerse á las circunstancias y su destino se determinó por la influencia de dos mujeres, las cuales condujéronle al desastre. El amor pasa á menudo por nuestra vida como un tempestuoso vendaval, y Jude en su abatimiento, llega á decir: «No me inquieta ya lo que pueda suceder.»

Hardy ha escrito páginas originales é interesantes contra el matrimonio, por los dilates que comete Jude al casarse con Arabella, de quien se separa para unirse con Sue. Pero ésta vuelve luego á su primer marido, impulsada por el remordimiento, y Arabella retorna á Jude, quien sigue, empero, amando á Sue, de quien tuvo tres hijos, dos de los cuales se ahorcaron, al ver que causaban la miseria de sus padres. Esto último es terrible como las frases con que Sue, desesperada, denigra la paternidad.

Lo más notab'e de *Jude l'Obscur* es, á mi juicio, el estudio de las contradicciones morales de Sue, la cual pasa de volteriana y pagana á supersticiosa y religiosa, al paso que Jude pierde la fe antigua, aun cuando conserve cierto sentimentalismo de dipsómano.

* *

Profesan cierta desconsideración por Francia quienes sólo leen sus periódicos, bien que éstos sean los que están mejor escritos del mundo, los denigrantes estiman como cosa de relatividad esta civilización, que cumple, sin embargo, su ideal de armonía y prende, de modo profundo, en la existencia. Para tener idea del valor intelectual de Francia, hay que estar al corriente de lo que producen las numerosas inteligencias modestas que tienen su representación. Todo se estudia aquí, y bien, sin que se descuide la historia, como lo prueba, entre muchos trabajos recientes, el libro que ha escrito L. Paul-Dubois sobre Federico el Grande, á raíz de la publicación de la importante correspondencia política de éste.

Después del inmenso trabajo literario que se ha hecho aquí sobre psicología en la novela, era lógico que el mismo se aplicase de admirable modo á los personajes más importantes de la historia. No se trata de hacer la exégesis moral de los actos de los héroes á la manera del gran Plutarco, sino de penetrar en las intenciones de su mente y en los movimientos de su alma, con el escalpelo de la crítica. Se es hoy ya bastante lince para que se nos sorprenda aún con falsas grandezas.

Federic le Grand es obra magnífica, de erudición y de análisis humano. El personaje estudiado en ella, que contribuyera al reparto de Polonia, es una de las principales figuras de acción política y gubernamental que han conocido los tiempos modernos. Dubois dice: «Federico menospreció las grandezas, y no hubo, sin embargo, rey más celoso de su realeza. Su correspondencia literaria es de un pesimismo escéptico y chancero. Su alma era doble en todas las cosas y parecía hecha de contrastes y paradojas.»

Federico fué aquel rey filósofo que durante medio siglo reinó en la opinión por sus ideas y sus escritos. Dubois estudia el misterio por el cual se armonizaba su filosofía con la exuberancia de su temperamento de acción y la impetuosa energía de su carácter. Era hombre que tenía con fuerza la visión de la realidad, el poder de la conjetura, la combinación y la lucidez. Pensaba largamente y obraba deprisa; gustaba también de los golpes atrevidos y de probar fortuna.

Como muestra de su filosofía, léase lo siguiente: «Se nos ha dado la vida con la condición de someternos á la de nuestra especie». Esta es una de las máximas predilectas de Federico, á quien Dubois estudia como político, como escritor y como hombre.

*
* *

Entre los diversos autores que cultivan aquí la novela histórica á la moderna, hay que citar á uno de mucho talento y no muy conocido: á Elémis Bourges, de quien la casa Armand Colin publicó la novela *Sous la hache*, en la que trata del episodio de la lucha de Charrette contra los azules, durante la revolución. Pero la obra magna de Bourges, es, en mi opinión, *Los pájaros vuelan y las flores caen*, en la que se despliega una imaginación vasta y atormentada, que presenta el espíritu de los príncipes modernos de manera dantesca. Estudia pavorosamente su cataclismo moral y sus pasiones insensatas. En esa novela circula, por decirlo así, un soplo ultra-humano, á pesar de la decepción honda que produce el espectáculo del saber impotente.

*
* *

Literatura refinada es la novela de Peladan, *Modestia y Vanidad*, que ha publicado la sociedad del «Mercur de France».

El escritor francés razona allí sutilmente, con delicadas ideas abstractas, sobre los sentimientos del corazón y los movimientos del alma. Es psicología moral y sigue, á veces, el procedimiento de Goethe y de Rousseau, quienes hacían filosofía sobre las pasiones humanas. Aun Peladan transpone ideas de Goethe, como la siguiente: «Se sufre según el corazón y no por el motivo», que es lo mismo: «la felicidad del hombre se halla en su propio corazón», como decía Goethe.

En esta novela hay más contemplación que acción, y lo mismo da, según frase del autor, bellos pretextos á nuestras agitaciones, vistiendo á la realidad con el ropaje de nuestras voluntades y doctrinas. Peladan se interesa por los hondos secretos de la vida y se ocupa en almas enigmáticas, como la de Isabel, la enamorada del amor, poseída de fiebre pasional, y la de su hermana Bianca, la monja, que es el carácter opuesto y languidece en la contemplación mística.

En esas vidas femeninas interviene con funciones de director el filósofo Leonardo; que es una sombra moderna del divino de Vinci, aquel espíritu devorado en demasía por una tendencia enciclopédica, que no le privó de orientarse y hacerse poderoso en una actividad cualquiera. Leonardo representa la Experiencia y la cándida Giovanna simboliza la Ingenuidad, y la novela envuelve un drama de aprensiones espirituales.

Laurent Tailhade ha traducido el *Satyricon* (1), de Petronio, en un francés viviente para lo cual se ha servido tanto de la lengua clásica como del *argot*. Esto último constituye una feliz ocurrencia, con la que ha dado él a la obra latina todo su carácter relajado. Pocas traducciones se leen con tanto deleite ni están hechas con tal arte. La vida disipada de Roma adquiere, en ese francés, un estupendo plasticismo: por tal manera que Tailhade, en su *aviso premonitorio*, se siente impulsado á decir que «la serenidad en el impudor es el carácter del arte antiguo», bien que esto sea una apreciación exagerada, pues lo mejor del arte antiguo no es exclusivamente impúdico, como el Cántico de Salomón: antes es casto.

La propia casa Fasquelle ha editado la obra de un escritor de talento, Le Père Perdrix, en la que se hace la psicología de un anciano obrero, á quien priva del trabajo una dolencia, y cae á la miseria y hasta á la mendicidad moderadas. Bien estudiada se halla la vejez y lo hace con imágenes épicas é irónicas á lo Dickens, lo último, y á lo Gorki, lo primero. Sigue el método de Zola cuando hace la biografía de los personajes. E impugna, con humorismo que hace reflexionar, los vicios sociales y la servidumbre obrera. Pero carece del sentimiento trágico y se preocupa con exceso del estilo, que es substancioso de nociones y sensaciones.

Es extraño que, entre los talentos poéticos que han vivido aquí, aunque pocos, muy pocos, hayan sido superiores, no haya habido uno que cantase de manera alta y profunda la gran capital entre las capitales: PARÍS; como Goethe glosara Roma en sus maravillosas *Élegien*. Tampoco lo cumple, á pesar del título de su obra—*La ciudad presente*—el poeta André Spire, quien, sin embargo, publica en su volumen notables composiciones, sin que correspondan á tal ideal. La distintiva de su personalidad se formula con cierta delicadeza serena y con cierta gracia íntima, como cuando, imitando á Marcial, dice:

¡Lydia, Lydia, belle, vous êtes belle!

Es la expresión hermosa que la hermosura arranca al alma y florece, con palabras rítmicas, en los labios sonrientes.

El fenómeno indicado se debe á que París no es propicio á los poetas. Estos, viviendo aquí, se acostumbran á apagar el anhelo de infinito y de perfección con placeres, atrofiando su alma y dejándola seca de emoción. El espíritu se halla en París solicitado por innumerables atenciones, que no le permiten recogerse y cantar las cosas de la vida con éxtasis inefable. El alma goza y ya no se maravilla. No se alcanzan estados de su preta sensibilidad ni horizontes de luz sublime...

J. PÉREZ JORBA

(1) Eugène Fasquelle, éditeur.

El próximo número de LA REVISTA BLANCA será extraordinario. Contendrá más de 100 grabados y estará impreso en papel couché. Su precio será de 50 céntimos.

CURIOSIDADES

Aplicación original de la telegrafía sin hilos.—Una partida de ajedrez se ha jugado en pleno Atlántico entre los pasajeros respectivos que viajaban con 50 millas de distancia en el vapor «Filadelfia» y el «Lucania». En cada uno de esos navíos, los jugadores estaban reunidos en el fumadero, telegrafando, por medio de la telegrafía sin hilos, cada golpe de un buque á otro. La partida ha durado tres horas.

Marconi, al idear su ingenioso invento, no debió pensar en que se emplearía en cosas tan baladíes. Con todo, se demuestra con ello las originalidades á que se presta.

* * *

Las más grandes plazas del viejo mundo.—Plaza de Kleber, en Strasburgo: 11.000 metros cuadrados.

Plaza de San Marcos, en Venecia: 12.000 metros cuadrados.

Trafalgar-Square, en Londres: 20.000 metros cuadrados.

Plaza de San Pedro, en Roma: 21.000 metros cuadrados.

Plaza del Hipódromo, en Constantinopla: 23.000 metros cuadrados.

Plaza del Mercado Nuevo, en Colonia: 25.000 metros cuadrados.

Plaza de Augusto, en Leipzig: 27.000 metros cuadrados.

Plaza de Waterlóo, en Hannover: 60.000 metros cuadrados.

Plaza de la Concordia, en París: 85.000 metros cuadrados.

Plaza del Hotel-de-Ville, en Viena: 90.000 metros cuadrados.

Plaza Real, en Berlín: 100.000 metros cuadrados.

Campo de Marte, en París: 112.000 metros cuadrados.

* * *

Duelo fin de siglo.—Un duelo muy original ha tenido lugar en América.

Cada uno de los dos adversarios iba provisto de cinco cartuchos de dinamita para hacer saltar al contrario. Encaramados en las copas de los árboles, con la agilidad de mono y la prudencia de la serpiente, los testigos asistían sin riesgos á ese encuentro singular.

Dos cartuchos hicieron explosión sin resultado. Al tercero, los testigos descendieron de su mirador y encontraron el cuerpo de uno de ellos sin vida. En cuanto al otro había desaparecido... Sólo sus zapatos estaban como testigos... de aquel lance fatal... *Si non e vero...*

* * *

El número de médicos en Alemania.—Un estadista alemán ha tenido la idea de hacer una estadística proporcional y se ha encontrado que hay actualmente en Alemania la respetable suma de 28.217 médicos; correspondiendo un médico por cada 2.000 habitantes.

En Prusia hay 17.126 médicos, ó sea también un médico para cada 2.000 habitantes.

En Baviera 2.790, ó sea 0,45 por 1.000; en Sajonia 2.148, ó sea 0,58 por 1.000; en Wurtemberg 937, ó sea 0,43 por 1.000, y 814 en Alsacia-Lorena, ó sea 0,47 por 1.000.

• LA DAMA GRIS

LOS CORDEROS



Las víctimas que anualmente se sacrifican á la patria.